

sido Banquero en París y que habiendo quebrado y teniendo una hija de 17 años, cuyo porvenir le tenía preocupado, se había trasladado á los Estados Unidos y de allí á México, no sin que antes hubiera substraído del fondo de la quiebra la suma de *un millón ochocientos mil francos, ó sean trescientos treinta mil pesos oro americano*, cuya suma aseguraba haber depositado en el "Banque Franco Anglo American." Relata en sus cartas el supuesto Dupont que á los pocos días de llegado á México, se encontró con uno de sus acreedores llamado Paul Bernier, con quien tuvo una discusión, de la que resultó la muerte de éste, y por cuyo homicidio, además de la pena corporal, se le había condenado á que pagara á la viuda de Bernier la suma de \$2,000 más \$900 por gastos de tribunales. Que para satisfacer las cantidades mencionadas le habían sido embargados sus baúles, en uno de los cuales, y en un doble fondo, tenía escondido el cheque que amparaba la suma substraída, y que todo esto sería descubierto por las autoridades el día de la venta, decomisándole el cheque, y que para evitar ésto le proponía que viniera á México antes de la fecha de la

venta que le indicaba, pagara la multa de \$2,900 y se apoderara de los baúles, sacando del doble fondo el cheque, que podía cobrar en los Estados Unidos, en el pretendido "The Bank of Ameri-



Ramón Soriano Luna ó Díaz.

ca," pues que dicho cheque estaba extendido en 15 de Mayo de 908, á la *vista y al portador*.

A fin de que las personas á quienes se proponían estafar Weiner y Soriano Luna ó Díaz, no extrañaran la prueba de confianza contenida en las cartas, en

ellas los estafadores tuvieron cuidado de asentar que el nombre de la persona á quien se dirigían respectivamente, se los había dado un amigo que había residido en la misma población que las víctimas, como el de personas en quienes se podía tener absoluta confianza, y que dicho consejero ocultaba su nombre por hallarse en la prisión bajo nombre supuesto y no quería que sus amigos supieran su paradero. Por el servicio de cobro del cheque y del adelanto de los \$2,900, en las cartas se ofrecía dar la tercera parte del importe del cheque á la víctima, haciéndole el encargo de que el resto lo entregara á la hija de Dupont, que dizque se encontraba en un asilo, de orden de las autoridades. Junto con cada carta iba un recorte de periódico que se decía ser de "El Imparcial," dando las noticias de los hechos narrados; una copia del pretendido fallo del Juez de Debates, pronunciado en 15 de Julio de 1909, y un inventario de los objetos contenidos en los baúles.

Las cartas, que son en extremo curiosas, contienen datos risibles para los que conozcan la organización de nuestras autoridades y establecimientos pe-

En el fondo se veía un pequeño patio cubierto de cristales y alrededor en sus rejas, pequeños ventanillos, inútiles de ordinarios, pero indispensables cuando llegaban ciertos vencimientos y pagos.

El gabinete-despacho de Mr. Andrés Fauvel, estaba en el piso principal, á continuación de sus lujosas habitaciones,

Este despacho comunicaba directamente con las oficinas por una escalera estrecha y obscura, que terminaba en la pieza ocupada por el cajero.

Esta pieza se hallaba al abrigo de toda sorpresa y hasta preparada para sostener un verdadero sitio, por que estaba blindada ni más ni menos que una fragata de guerra.

Dobles planchas de hierro defendían las puertas y la verja que daba entrada á la caja, y hasta la chimenea se veía interceptada por una reja de hierro.

Allí, embutida en la pared y sujeta por sólidas abrazaderas también de hierro, estaba la caja, uno de esos muebles sólidos y de tan grandes dimensiones que desesperan al pobre diablo cuya fortuna se encierra en un porta-monedas.

Obra maestra de la casa Bequet, tenía dos metros de altura, por uno y medio de ancho, era de hierro forjado, de triples paredes, y en lo interior, se veían separaciones aisladas, para casos de incendio.

Una llave pequeña, y elegante abría este ingenioso mueble, pero para abrirle, la llave era lo menos necesario. Cinco botones de acero móviles, en los que estaban grabadas las letras del alfabeto, constituían la seguridad de la cerradura, porque antes de introducir en ella la llave era preciso colocar las letras en el orden que tenían cuando se había cerrado.

Así, pues, la caja se cerraba con una palabra que se variaba

de vez en cuando para mayor seguridad. Esta palabra la conocían únicamente el dueño de la casa y el cajero, teniendo además cada uno una llave.

Con mueble semejante, aunque se tuvieran más brillantes que tuvo el duque de Brunswik, se podía dormir tranquilo.

No se corría con él más que un peligro, el de olvidar la palabra pues entonces quedaría la caja inaccesible hasta para el dueño mismo.

El día 28 de febrero, los empleados de la casa de Mr. Andrés Fauvel llegaron á sus oficinas á la hora de costumbre.

A las nueve y media cada uno estaba en su puesto, cuando un hombre de cierta edad, moreno de aspecto militar, y vestido de riguroso luto, se presentó en la oficina que precedía á la caja y en donde trabajaban cinco ó seis empleados.

Quería hablar al cajero.

Respondieronle que el cajero no había llegado y que la caja no se abría hasta las diez, como lo indicaba el tarjetón colocado en su puerta.

Esta respuesta pareció descontentar al recién llegado, que dijo con tono seco y un tanto desdeñoso:

—Yo creí que hallaría con quien entenderme, habiendo hablado ayer al efecto con Mr. Fauvel. Soy el conde de Clameran, dueño de las fabricas de fundición de Oloron, y vengo á retirar de la casa 300.000 francos. colocados en ella por mi hermano, que al morir me instituye su heredero. Extraño que no se hayan dado órdenes.

Ni el título ni el fabricante ni sus razones parecieron interesar á los empleados, que repitieron:

—No estando el cajero nosotros nada podemos hacer.

—En ese caso conducirme á presencia Mr. de Fauvel.